

LIDERAZGO

DE LA

IGLESIA

ENTRE EL **SERVICIO** Y EL DOMINIO

— *Por Pepo Toledo* —



Liderazgo de la iglesia

Entre el servicio y el dominio

Por Pepo Toledo

www.pepotoledo.com

03/05/2026

*“La Biblia es Dios revelándose a sí mismo.
La religión es el hombre explicando a Dios...
muchas veces, en beneficio propio.”*

— Pepo Toledo

Contenido

I. El lugar que solo le pertenece a Dios	4
II. La revolución silenciosa de Cristo	5
III. Pablo: el líder que se negó a ser centro	6
IV. La sombra de los nicolaítas	7
V. Los fariseos: cuando la religión toma el control	8
VI. La persistencia de la jerarquía	9
VII. La ilusión del crecimiento: cuando la célula sustituye la comunión	10
VIII. La seducción del líder absoluto	11
IX. Autoridad verdadera, autoridad falsificada	12
X. Discernir el espíritu	13
Conclusiones	14

I. El lugar que solo le pertenece a Dios

Pablo exhorta a los creyentes a reconocer a quienes trabajan entre ellos y los dirigen en el Señor. Pero introduce una precisión fundamental: en el Señor. Esa pequeña frase define todo. La autoridad espiritual no es autónoma, no nace del cargo ni del carisma, sino que es derivada, prestada, subordinada. En el momento en que deja de serlo, deja de ser legítima.

El problema del liderazgo en la Iglesia no es la autoridad. La Escritura no niega su existencia; al contrario, la reconoce como necesaria. El problema es más sutil y más peligroso: el origen, la naturaleza y el límite de esa autoridad. **Cuando la autoridad apunta a Cristo, edifica. Cuando lo sustituye, corrompe.**

Karl Barth lo expresó con precisión: *“La Iglesia vive de la autoridad de la Palabra de Dios, no de la autoridad de sus ministros.”*

En ese sentido, toda autoridad espiritual es, en esencia, una transparencia. Existe para dejar pasar la luz, no para convertirse en fuente de ella.

Por eso la advertencia de Jeremías atraviesa los siglos con una vigencia inquietante: **“Maldito el varón que confía en el hombre”**. (Jeremías 17:5).

No se trata de negar el acompañamiento espiritual, sino de recordar que la confianza última, la obediencia profunda y la dependencia real pertenecen únicamente a Dios.

Cada vez que el corazón humano traslada ese lugar a otro ser humano —aunque sea un líder religioso— ha comenzado una forma de **idolatría**. Y los ídolos, a diferencia de Dios, siempre exigen más de lo que el hombre puede dar.

“No se puede servir a dos señores”. (Mateo 6:24).

II. La revolución silenciosa de Cristo

Jesús estableció el principio que gobierna toda forma legítima de autoridad en su Reino: *“El mayor será el servidor”*. (Mateo 20:26). No es una recomendación ética, es una inversión total del paradigma de poder. **Mientras los sistemas humanos se construyen sobre jerarquías ascendentes, el Reino de Dios se edifica sobre un movimiento descendente.**

Cristo no solo enseñó esto; lo encarnó. Siendo Dios, se despojó, tomó forma de siervo y se humilló hasta la muerte. En ese descenso —de la gloria a la carne, de la carne al servicio, del servicio a la cruz— se revela la verdadera naturaleza de la autoridad espiritual.

Hay un texto que, leído sin prisa, contiene una de las definiciones más claras del gobierno de la Iglesia. No es un tratado, no es una estructura, no es un sistema. Es una exhortación pastoral: *“Apacentaad la grey de Dios... no por fuerza... no por ganancia deshonesta... no como teniendo señorío sobre las heredades del Señor, sino siendo ejemplos...”* (1 Pedro 5:1–5). Aquí no hay jerarquía. Hay responsabilidad, hay cuidado, hay ejemplo. La palabra es clave: señorío. Ese espacio está ocupado. Tiene dueño. No puede ser delegado. Es de Jesús.

El liderazgo en la Iglesia no consiste en ocupar el lugar de Cristo, sino en cuidar lo que le pertenece a él. En este modelo, los ministerios existen, pero no establecen una escala de superioridad. Son funciones dentro de un mismo cuerpo, no niveles dentro de una pirámide. La autoridad no se mide por cuántos obedecen, sino por cuánto se sirve. Y su fundamento no es el poder, sino la humildad.

El anciano guía en la doctrina, orienta en la vida espiritual, cuida la salud del cuerpo. Pero no sustituye la conciencia del creyente, no gobierna sus decisiones personales, no ocupa el lugar de Dios en su vida. *“Sujetaos... y todos, sumisos unos a otros.”* (1 Pedro 5:5)

John Stott lo expresó con claridad: *“La autoridad cristiana nunca es autoritaria; es siempre una autoridad que sirve.”*

El resultado de este tipo de liderazgo es evidente: produce creyentes libres, maduros, capaces de relacionarse directamente con Dios **sin intermediarios** humanos que monopolizan su conciencia. Jesús no vino a reformar el poder. Vino a redefinirlo. En un mundo estructurado por jerarquías —imperios, sacerdocios, sistemas de honor— introduce una frase que, leída con atención, tiene la fuerza de una revolución: *“No ha de ser así entre vosotros.”* (Mateo 20:26).

No es un consejo. Es una frontera. El poder, en el Reino de Dios, no asciende: descende. No se impone: se entrega. No se protege: se sacrifica.

Hans Urs von Balthasar lo describe así: *“La autoridad cristiana es creíble solo cuando toma la forma de la cruz.”*

III. Pablo: el líder que se negó a ser centro

En el *Nuevo Testamento* encontramos un modelo claro, profundamente contracultural, que podríamos llamar “iglesias tipo Pablo”. No porque Pablo sea el centro, sino precisamente porque él mismo luchó para no serlo.

En Corinto, la comunidad comenzaba a fragmentarse en torno a nombres. Unos decían seguir a Pablo, otros a Apolos y otros a Cefas. La lógica humana había penetrado la Iglesia: la necesidad de pertenecer a alguien visible, tangible, representable. La respuesta de Pablo no fue conciliadora. Fue disruptiva: “*¿Está dividido Cristo? ¿Fue Pablo crucificado por vosotros?*” (1 Corintios 1:13-17). Con estas preguntas desarma cualquier intento de personalizar la fe.

El verdadero liderazgo cristiano no absorbe la atención, la redirige. No crea dependencia hacia sí mismo, sino hacia Cristo. No se alimenta de la admiración, sino que la disuelve en adoración.

Si hay una figura que encarna la paradoja del liderazgo cristiano, es Pablo. No por su autoridad, sino por su resistencia a absolutizarla.

Dietrich Bonhoeffer, en *Vida en comunidad*, advirtió: “El líder espiritual nunca debe convertirse en mediador entre Cristo y los hombres; Cristo es el único mediador.”

Pablo entendió esto con una claridad radical. Por eso afirma en otro lugar: “*No que nos enseñoreemos de vuestra fe...*” (2 Corintios 1:24).

Esa frase establece un límite infranqueable. Nadie tiene derecho a gobernar la conciencia de otro en nombre de Dios. Y una pregunta inevitable: ¿A quién estás siguiendo realmente?

El liderazgo, en su forma más pura, es una renuncia. Una negativa constante a ocupar el lugar que otros están dispuestos a concederle.

IV. La sombra de los nicolaítas

Junto al modelo de gobierno establecido por Cristo, ha coexistido otro, más antiguo de lo que parece, que podríamos describir como iglesias centradas en el hombre. No siempre es evidente en sus formas externas. Puede conservar lenguaje bíblico, estética cristiana e incluso prácticas espirituales. Pero su lógica interna es distinta.

No es difícil reconocer el patrón. El *Apocalipsis* lo nombra con un término cargado de significado: **nicolaítas**. *Nico*: dominar. *Laos*: pueblo. Dominio sobre el pueblo. Allí donde el liderazgo se convierte en estructura de poder, donde unos se elevan y otros se subordinan, donde la autoridad deja de servir y comienza a gobernar conciencias, el espíritu nicolaíta reaparece. Dios se refiere a los nicolaítas de forma contundente: *“Los cuales yo aborrezco.”* (*Apocalipsis* 2:6).

El problema no es organizativo, es teológico. Cada vez que la Iglesia adopta una forma piramidal donde el poder fluye de arriba hacia abajo, corre el riesgo de reproducir modelos ajenos al Reino. Lo que comienza como liderazgo termina en dominio; lo que inicia como guía espiritual, en control. El consejo se vuelve mandato. La exhortación se convierte en presión.

Michel Foucault, desde otro horizonte, observó algo profundamente pertinente: *“El poder no solo se ejerce; se internaliza.”*

En el ámbito espiritual, esto significa que el control más eficaz no es el que se impone, sino el que se asume. El creyente ya no necesita ser vigilado; se vigila a sí mismo. Ya no necesita ser dominado; defiende el sistema que lo domina.

La fe no es territorio de ningún líder. Es el espacio sagrado donde el ser humano se encuentra con Dios. Invadir ese espacio —aunque sea con buenas intenciones— es una forma de sustitución.

Dietrich Bonhoeffer lo vio con lucidez: *“Quien ama su idea de comunidad más que a la comunidad misma, la destruye.”*

Dios no condena la organización de la Iglesia. Condena cualquier sistema donde el liderazgo deja de servir y comienza a dominar la fe de las personas. Una estructura piramidal jerárquica, en sí misma, es organizacionalmente neutral; su valor moral depende del espíritu, propósito y uso que se le dé.

El Reino de Dios no se construye desde arriba hacia abajo, sino desde dentro hacia afuera. No se impone, se encarna. No se administra como poder, se vive como servicio.

V. Los fariseos: cuando la religión toma el control

Antes de los sistemas modernos, ya existía un modelo: Los fariseos. No eran paganos. Eran profundamente religiosos. Conocían la Escritura. Interpretaron la ley. Guiaban al pueblo.

Y, sin embargo, Jesús les dirigió las palabras más duras registradas en los evangelios: “*¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas!*” (Mateo 23:13).

No los confrontó por ignorancia, sino por algo más grave: habían convertido la relación con Dios en un sistema de control.

Cargaban al pueblo con mandamientos. Filtraban el acceso a Dios. Se sentaban “en la cátedra de Moisés” y desde allí regulaban la vida espiritual de otros. No solo enseñaban. Dominaban.

Históricamente, el liderazgo religioso judío —en alianza con el poder romano— llegó a tener influencia incluso sobre decisiones de vida y muerte. Pero el problema no era político. Era espiritual. Habían ocupado el lugar de **mediadores**, sin serlo.

Por eso Jesús no los denunció como líderes equivocados, sino como representantes de un sistema religioso deformado.

El problema es cuando la religión toma el lugar de Dios y comienza a hablar en su nombre para controlar a los hombres.

VI. La persistencia de la jerarquía

“No me hables de religión; déjame verla en tus acciones.”
— atribuido a León Tolstói

La tendencia a organizar la Iglesia en estructuras jerárquicas no es casual. Responde a una lógica profundamente humana: la necesidad de orden, de control, de visibilidad.

Las iglesias denominacionales tienden a desarrollar estructuras más definidas, con niveles de autoridad claramente establecidos. Esto no es necesariamente negativo en sí mismo; puede aportar estabilidad, continuidad y claridad doctrinal.

Sin embargo, existe un riesgo constante: que la estructura sustituya al Espíritu, que la jerarquía reemplace la comunión, que el orden externo desplace la vida interna.

Por eso, más que una crítica absoluta, es necesario un discernimiento honesto.

Algunas comunidades no denominacionales han buscado precisamente evitar estas estructuras rígidas, promoviendo modelos más horizontales y relacionales.

Pero incluso ahí, el riesgo no desaparece: el corazón humano tiende a reconstruir jerarquías, aun cuando externamente se nieguen.

El problema, antes que la denominación en sí, es el espíritu que la gobierna.

Donde hay jerarquía sin humildad, hay peligro. Donde hay autoridad sin rendición de cuentas, hay distorsión. **Donde hay liderazgo sin servicio, hay desviación.**

VII. La ilusión del crecimiento: cuando la célula sustituye la comunión

En las últimas décadas, especialmente en Corea y América Latina, ha surgido con fuerza el modelo de iglesia celular. Su crecimiento ha sido impresionante. Su alcance, innegable. Su capacidad organizativa, notable.

En su origen, la célula responde a una intuición profundamente bíblica: la comunidad en pequeño, el cuidado cercano, la multiplicación del discipulado. En su mejor versión, puede ser un espacio de vida, de acompañamiento y de crecimiento genuino.

Pero como todo modelo humano, no está exento de deformación. El problema comienza cuando el facilitador deja de ser un acompañante y se convierte, de hecho, en un **intermediario**. Cuando su consejo ya no es orientación, sino dirección. Cuando su palabra comienza a ocupar el lugar que le corresponde a la búsqueda personal de Dios.

En ese momento, algo se rompe. El miembro ya no ora para discernir. Consulta. No busca en la Escritura. Espera indicación. No madura espiritualmente. Depende. Y la célula, que debía ser un espacio de libertad, se convierte en un sistema de mediación.

A esto se suma otro elemento silencioso pero poderoso: la presión por los resultados. Cuando el crecimiento numérico se convierte en indicador principal de éxito, la estructura comienza a tensarse. Los niveles superiores presionan a los líderes locales. Los líderes locales, a su vez, presionan a sus miembros. Y así se forma una cadena de mando donde la obediencia al sistema comienza a confundirse con la obediencia a Dios.

Lo que era misión, se vuelve meta. Lo que era vida, se vuelve estrategia. Lo que era discipulado, se vuelve rendimiento.

Michel Foucault advirtió que el poder más eficaz no es el que se impone desde fuera, sino el que se internaliza. En este contexto, el creyente no solo participa del sistema: lo reproduce. Se convierte en agente de la misma presión que lo formó.

Así, la estructura celular —pensada como dinámica y orgánica— corre el riesgo de rigidizarse. Lo que debía ser flexible se vuelve normativo. Lo que debía ser relacional se vuelve funcional. Y lo que debía facilitar el encuentro con Dios termina, en algunos casos, sustituyéndolo.

El problema no es la célula. Es cuando la célula ocupa el lugar de Cristo. Porque el discipulado verdadero no forma seguidores del sistema, sino hombres y mujeres capaces de buscar a Dios por sí mismos. **Cuando necesitas a un líder para oír a Dios, ya no estás siendo discipulado, estás siendo mediado.**

VIII. La seducción del líder absoluto

Este tipo de estructuras suele sostenerse mediante mecanismos muy concretos. El primero es el silencio: no se cuestiona al líder. El segundo es la legitimación del cargo por encima de la verdad: el mensaje se valida por quién lo dice, no por su fidelidad a la Escritura. El tercero es la construcción de una imagen incuestionable que desactiva cualquier forma de discernimiento crítico.

Las iglesias centradas en el hombre no nacen de la noche a la mañana. Se construyen lentamente, casi imperceptiblemente, sobre necesidades legítimas mal orientadas.

El deseo de guía se convierte en dependencia. La necesidad de orden, en control. La búsqueda de Dios, en obediencia a un **intermediario**.

En este sistema, el líder deja de ser un servidor y comienza a ocupar un lugar funcionalmente equivalente al de un **mediador**. Aparecen frases que, aunque revestidas de espiritualidad, revelan una estructura de control: “no puedes tocar al ungido”, “debes someterte”, “necesitas de mi cobertura”. Lo que en apariencia es orden, en el fondo es dependencia. Una dictadura espiritual.

Lo que comienza como guía espiritual puede convertirse, casi sin darse cuenta, en dirección de vida. El consejo se vuelve mandato. La exhortación se convierte en presión. La autoridad espiritual comienza a extenderse más allá de su ámbito legítimo.

El creyente ya no discierne por la Palabra, sino por la aprobación del líder. La obediencia deja de ser a Dios y se desplaza hacia una figura humana que interpreta, filtra y, en algunos casos, reemplaza la voz divina.

La autoridad deja de ser una referencia y se convierte en filtro. Nada se piensa, nada se decide, nada se discierne sin pasar por el líder.

Søren Kierkegaard lo anticipó con lucidez: *“La multitud es la mentira.”*

Pero en este contexto, la mentira no está en la multitud, sino en la mediación que la uniforma. El creyente pierde algo esencial: su relación directa con Dios. La fe deja de ser encuentro y se convierte en sistema. Y el sistema, tarde o temprano, exige lealtad.

IX. Autoridad verdadera, autoridad falsificada

Con el tiempo, esto genera lo que podría llamarse una “**autoridad falsificada**”. Puede haber lenguaje espiritual, manifestaciones visibles e incluso crecimiento numérico, pero el centro ha sido desplazado. **El nombre de Jesús se invoca, pero la relación con él es secundaria frente a la estructura que se ha construido alrededor del líder.**

Las consecuencias son profundas. Donde el hombre ocupa el centro, aparece el miedo. Miedo a disentir, a salir, a pensar. La fe se infantiliza. La madurez espiritual se detiene, porque el creyente no aprende a caminar por sí mismo, sino a depender permanentemente de otro.

No todo lo que se presenta como autoridad espiritual lo es. El libro de los *Hechos* relata una escena inquietante: quienes intentaban exorcizar en el nombre de Jesús sin tener facultad espiritual, invocan su nombre. Un espíritu maligno los cuestiona.

“A Jesús conozco... y sé quién es Pablo; pero vosotros, ¿quiénes sois?” (Hechos 19:15).

La autoridad espiritual no se fabrica, no se hereda por cargo, no se impone por estructura. Emerge de una relación.

Como diría Agustín de Hipona: *“Para vosotros soy obispo; con vosotros soy cristiano.”*

Ahí está la clave. Antes que función, identidad. Antes que supremacía, comunión.

Cuando esta relación se pierde, lo que queda puede parecer autoridad, pero es otra cosa: representación sin sustancia, forma sin vida, poder sin legitimidad.

X. Discernir el espíritu

En este punto, el riesgo es caer en una falsa dicotomía: rechazar toda autoridad o someterse ciegamente a ella. La Escritura no apoya ninguno de los dos extremos.

Sí existen líderes legítimos. Sí existe un mando espiritual. Pero es una jurisdicción que apunta a Cristo, no a sí misma. Forma discípulos, no dependientes. Acompaña, no controla. El creyente maduro no vive sin guía, pero tampoco vive sin discernimiento.

Como escribió Agustín: *“En lo esencial, unidad; en lo dudoso, libertad; en todo, caridad.”*

Frente a estos dos modelos, el discernimiento no requiere sofisticación, sino honestidad. **Donde Cristo crece y el líder disminuye, hay salud. Donde el líder crece y Cristo se vuelve periférico, hay peligro. Donde hay libertad, hay Espíritu. Donde hay control, hay distorsión.**

La pregunta no es solo teológica. Es profundamente personal. ¿Quién ocupa el centro de tu fe? ¿Quién define tus decisiones? ¿Quién sostiene tu conciencia?

Conclusiones

Entre el servicio y el dominio, entre la cruz y la pirámide, entre Cristo y el hombre, la Iglesia sigue tomando decisiones.

Y cada decisión, por pequeña que parezca, inclina la balanza.

Al final, todo se reduce a una verdad sencilla y exigente: **El liderazgo cristiano auténtico no crea seguidores del líder, sino discípulos de Cristo.**

Y quizás por eso, la pregunta más honesta no es a quién obedeces, *sino a quién has hecho imprescindible.*

“Dime cuán grande es tu líder religioso y te diré cuán pequeño es tu dios.”

“Dime cuán pequeño es tu líder religioso y diré cuán grande es tu Dios”.

Luis Fernando Solares S.